

Sinaí, de cuyas cumbres trajo definitivamente ya ese Decálogo, al cual están sometidos todos los pueblos cultos en toda la redondez del planeta.

Efectivamente, la doctrina de Moisés era un sincretismo religioso muy parecido al sincretismo jurídico forjado más tarde por el pueblo romano en la historia. Estos dos sincretismos, el judío y el latino, han dado al hombre las dos unidades que constituyen, como los polos de la historia moderna, la unidad divina y la unidad humana. Roma recogió para esto, además de todo el movimiento científico heleno, por medio de sus estadistas y de sus sabios, todas las jurisprudencias particulares de los pueblos, por medio de sus pretores, constituyendo así la unidad civil del género humano, á lo menos de la humanidad culta, con la unidad también de su derecho. No hubiera sido posible llegar á esta cúspide altísima de la inteligencia universal sin que se fundara sobre un gran trabajo sincrético. El sincretismo religioso de Moisés debía preceder al sincretismo jurídico de Roma, como precede la raíz al fruto. Había, pues, en aquel pueblo nómada y errante, múltiples familias de diversos puntos venidas á componer este gran Océano espiritual, donde nuestras almas hoy mismo se animan. Aquella multitud tenía el elemento hebreo, el elemento egipcio, el elemento etiópico. Moisés representaba muy prin-

cialmente á los primeros. Pero leyendo con atención el Éxodo, échase de ver que no constituían tan sólo estos, los hebreos, la gran familia errante por el desierto. Los Faraones de la dinastía que Moisés combatiera no fueron indígenas. Venidos, merced á una conquista, como conquistadores, procedieron, sin duda, con una parte del mismo pueblo egipcio. Así no debe maravillarnos que muchos elementos del Nilo marcharan por el desierto en compañía de Israel. ¿Qué más? La idea de Dios uno, Criador, Todopoderoso, personal, se había profundamente arraigado en el alma de Moisés, merced á su estancia en el desierto de Madián. Y en este desierto dominaba Jetró, de origen etiópico, el cual dió á Moisés por mujer su hija, negra como el ébano. Y en este desierto de Madián, las ideas abrahánicas, aquellas ideas que dejaba como una estela el patriarca bíblico, merced á su vida nómada, tras las huellas de sus pasos ¡ah! dominaban con imperioso dominio. Por consecuencia, una corriente de ideas egipcias, otra corriente de ideas israelitas y otra corriente de ideas etiópicas desaguan en la doctrina mosaica. Y el hebreo no era un autóctono espontáneamente nacido en la tierra, no, era un caldeo, y, como caldeo, conservaba muchas reminiscencias de su origen. Para persuadirse á creer tal verdad no hay sino mirar

la importancia dada por Moisés al fuego que brilla en la zarza y que culebrea en el rayo. La parte moral del mosaismo está patentemente copiada del Egipto, donde no en vano había tanto tiempo vivido; la parte litúrgica tomada de los iranos y de los persas, que atravesaban con tanta frecuencia ese desierto de Madián poblado por numerosas ideas, y todo él resulta un gran sincretismo sobre cuyos principios se levanta una grandiosa doctrina. Ya lo hemos dicho: el fuego tiene algo de Zoroastro; el Tabernáculo, guardado por serafines y puesto sobre garras, algo del Zendavesta; la tienda portátil, el Arca de las Alianzas, la nave mística, la mar de bronce, algo del Egipto; aquel sacerdocio, con la túnica de lino, con la estola de lino, con la tiara de lino, algo de la India; el santuario de oro, algo de Siria y Fenicia, pues todo ello resulta un gran sincretismo, formado en el seno de aquellos desiertos, que recibían como una lluvia fecundadora tanta copia de ideas. Pero lo verdaderamente original y que pertenece al pueblo escogido; lo que Abraham trajera de apartadas tierras; lo que Isaac guardara; lo que Jacob tendiera por las orillas del Nilo, no obstante las tentaciones egipcias; lo que Moisés purificara en la península siriaca y en el desierto de Madián, es aquella divinidad del Decálogo que preside y vivifica, después de relampa-

guear en el Sinaí, convertida en una luz perpetua, toda la humana historia.

Verdaderamente lo maravilloso de la obra mosaica es hallarse toda ella como vaciada en una sola idea, y lo que necesitó intentar de más milagroso la serie de medios conducentes á que un Dios espiritual, y una teocracia espiritualista, y una ley de fórmulas muy elevadas, y un poder divino entre varios representantes y entre varias personificaciones dominaran por su fuerza moral sobre un pueblo cuyas propensiones aparecían cada vez mas materialistas, ó, por lo menos, utilitarias. Cuando todo se organizaba en derredor de Israel bajo la forma de imperios despóticos, imperio Egipto, imperios Caldea y Asiria, imperios Persia y Media, Israel se organizaba en república y vivía bajo un gobierno completamente nacido de su seno y organizado por su voluntad y por su razón soberanas. Las tribus aparecen cada una de ellas cual pura democracia y unidas cual pura federación y república. Ninguna de las leyes dadas por Moisés, ni el Decálogo, se admite, sino después de haberlas aceptado los jefes de las tribus, y ninguno de estos jefes las acepta sino después de haber departido largamente con los suyos y consultado su voluntad y su pensamiento. Ya hemos visto cómo habiendo conservado Moisés en sus manos una gran parte del poder público con

el ejercicio de las grandes funciones judiciales, Jertró le disuade completamente de proceder así y le aconseja que nombre un gran jurado popular para que decida en los litigios de lo tuyo y de lo mío, atribuyendo á cada cual su respectivo derecho. Y esta división del poder espiritual y el poder temporal, considerada por nosotros como la gran conquista de los tiempos cristianos, hállase allí en simiente, merced á las dobles funciones desempeñadas y al doble ministerio ejercido por Moisés y Aarón, éste sacerdote, legislador aquél. Y no solamente hay un gobierno perpetuo de las tribus por sí mismas, sino que hay también un jurado popular perpetuo, y hasta un ejército con su jefe correspondiente, muy apartado, mucho, de todos los demás poderes públicos. Por consecuencia, Israel va constituyéndose, á medida que marcha y que atraviesa el desierto, en una libre y democrática república, la cual, por lo superior de sus códigos y por la virtud intelectual de sus doctrinas, llegará indudablemente á una victoria perpetua sobre todas las monarquías y sobre todos los reyes, así como á una influencia eterna en toda la futura historia. Y ahora se comprende todo el cuidado tenido por aquellos sus hombres eximios, por aquellos sus legisladores prudentes, por aquellos sus profetas inspirados, para tener á Israel en saludable aislamiento.

Dos razones había para mantener esta separación: una razón política, otra razón religiosa. Las monarquías tientan mucho á los pueblos, y, sobre todo, á los pueblos jóvenes y primitivos. Necesitadas todas ellas de un gran ejército y de un régimen militar poderoso, tienen que darse á la conquista, y la conquista les presta una exterioridad brillante de fuerza material muy deslumbradora. Y como la grandeza exterior tienta y seduce al vulgo ignaro, las monarquías suelen llevarse tras sí á los muchos incapacitados de ver en su vulgaridad irremediable cuánto más importa y vale de suyo la fuerza intelectual y moral que tienen las repúblicas. Para conservar, pues, la forma republicana en medio de tantas monarquías como pululaban en Asia y África, necesitábase que un pueblo tan diminuto como Israel se recluyera y aislara mucho dentro de sí mismo. Pero no había solamente la razón política que dejamos apuntada en justificación de su aislamiento: había también una razón religiosa. Si los reyes tientan la voluntad, los ídolos tientan la inteligencia. Como toda monarquía encuentra muchos partidarios entre aquellos que gustan de servir y no quieren ejercer ni su voluntad ni su pensamiento, encuentra todo ídolo muchos adoradores. Necesítase un esfuerzo interior para conocer al Dios espíritu, mientras sólo se necesita

un abrir de ojos para ver al grosero fetiche. Así como todos los pueblos que circundaban políticamente á Israel eran monárquicos, todos los pueblos que lo circundaban religiosamente, digámoslo así, eran idólatras. Y como se necesitaba tenerlo en un gran aislamiento político para que no cayera en la realeza, necesitábase tenerlo en un gran aislamiento teológico para que no cayera en la idolatría. Moisés había reprimido con mano fortísima toda propensión del pueblo á cualquiera de los grandes peligros supradichos. Había pasado por la espada con rigor implacable á los tres mil israelitas caídos al pie de los ídolos egipcios, y había sepultado vivos á dos teócratas que intentaron de sobreponer sus respectivas clases y sus respectivos intereses al gobierno del pueblo por el pueblo. Pero en lo que ponía capital empeño era en contrastar toda propensión monárquica. Mirad sus ejércitos: armados estaban para defender la libertad; mirad sus jueces: instituídos eran para regular el derecho; mirad sus tribus: organizadas aparecían para realizar la república. El patriarcado monárquico de Abraham y de Jacob habíase convertido bajo Moisés en una gran democracia republicana, tal como podían aquellos pueblos conllevarla. Por esa razón expide con tanto empeño á Josué contra el rey Ameleck. Este rey representa, no sólo una tribu idólatra

que quiere cerrar á otras varias tribus el camino hacia la tierra prometida, sino una monarquía patriarcal y guerrera que quiere cerrar á un pueblo nuevo el camino hacia la libertad. Quien acabó con el cautiverio de Egipto tenía bastante fuerza y bastante poder para impedir también esta retrogradación á la tiranía.

Hemos visto, en obra tan extraordinaria, la cooperación prestada por María y lo importante de tal cooperación. Mientras Moisés ideó separar á su pueblo de la idolatría pagana y de la servidumbre monárquica, en aquella mujer predestinada el gran legislador debió encontrarse con un auxiliar poderoso. Ella, más industriada en las ciencias y en las artes egipcias, por las relaciones de su familia con los reyes y con los sacerdotes, que todas las demás mujeres de su raza, debía poseer un gran ascendiente sobre los que la consideraban superior y moverlos á empresa tan grande como el desarraigo y apartamiento de un suelo con el cual se habían mezclado así los últimos restos de sus padres como las primeras lágrimas de sus hijos. Ella, en el trayecto desde las orillas del Nilo central á las orillas del mar Rojo, y desde las orillas del mar Rojo al pie del Sinaí, había sostenido á los débiles, consolado á los infelices, puesto el bálsamo de su palabra inspirada en las nuevas ideas con el bálsamo de su

medicina tomada en los viejos templos sobre tantas heridas como la peregrinación por el inmenso arenal y el combate con tantas dificultades invencibles les abriera en las carnes y en las almas. Ella después había entonado, acompañándose de melodiosos instrumentos, el himno á la libertad, cuyas estrofas todavía resuenan con encanto en nuestros oídos y enardecen con su ardor vivaz nuestros corazones. Estas largas peregrinaciones de los pueblos nómadas por los desiertos inmensos no podrían cumplirse de ningún modo si mientras un guía como el inspirado Moisés aperaba para ellas todo lo necesario, política, religiosa, militarmente, una mujer como María no apercibiese todo lo que una inmensa familia nómada necesita para su existencia errante. Así ella sostuvo la moral del pueblo en los grandes trances, y cuando este poderosísimo sustento faltaba, todo padecía como en el caso aquel de la reacción hacia el culto egipcio y hacia el áureo becerro. Si Jetró auxilió á Moisés en la parte judicial de su obra, si Aarón en la parte litúrgica, si en la parte militar Josué, María le auxilió en dos puntos tan opuestos y culminantes como la parte artística y la parte doméstica de aquella peregrinación. En los primeros tiempos de la vida hebrea el recuerdo sacro de Sara parece una estrella fija por haber como representado la providencia de to-

dos en el sosegado movimiento de la primera vida nómada. Mas la esposa de Abraham ocurría con sus cuidados á una tribu corta donde miles de las necesidades engendradas en sus descendientes por la cultura egipcia no se habían sentido todavía y no habían brotado los varios órganos pedidos por una sociedad más complicada y múltiple. Los oficios de María en la gran peregrinación de Gessén á Palestina resultaban mucho más difíciles que los sencillos oficios de Sara desde Caldea á Canaán. En esta peregrinación iba sólo una familia; en aquella una raza. Los deberes domésticos sobrepujaban á todos los demás deberes en la obra de Sara, y los deberes políticos á todos los demás deberes en la obra de María. Por consiguiente, no puede compararse una con otra en grandeza intrínseca y en trascendencia histórica. Ocurrir á todo cuanto necesita una familia no puede compararse con ocurrir á todo cuanto necesita una raza en marcha, un pueblo que pasa del cautiverio á la formación de su estado y á la conquista de su patria. Por esta razón puede asegurarse que María representa en la tradición como la primera entre las heroínas que han sostenido á un pueblo, entre las magas que han cooperado á un culto, entre las profetisas que han dicho lo porvenir al mundo, entre las sibilas que han pronunciado sobre las aras tremendos y fulgurantes orácu-

los cuyos relampagueos han servido para esclarecer muchas vías, para vivificar muchas almas. Así la representación que tiene y el aspecto que toma en la historia de Israel no puede, no, perderse en el tiempo, antes se agranda y dignifica, mostrando cuán indispensable á la vida humana y útil al pro común esta intervención de la mujer hasta en obras tales como la emancipación religiosa de un pueblo y el establecimiento de su vida civil y política en la forma y organismo de un grandioso Estado. Viendo lo que María influye sobre la constitución de Israel, vemos toda la virtud que tiene y todo el imperio que ejerce la parte afectiva sobre toda nuestra existencia.

¡Y cuán mujer esta María! Uno de los últimos episodios de su vida lo muestra con demostración irrefragable. Permitidme, para contarle, evocar una parte de la narración anterior. No se habrá olvidado quien la leyera de que Moisés tenía unos cuarenta años cuando se apartó del cautiverio de Egipto y se internó en el desierto de Madián. El nómada se fija con facilidad allí donde unas palmeras dan sombra para su cuerpo abrasado, una cisterna frescor para sus labios áridos, un oasis pasto para sus ovejas queridas. Llegado al desierto, dió con este Paraíso de todo nómada Moisés, y en el Paraíso con un jefe, cheik ó patriarca como el pastor Jetró.

Sus hijas, por unos bandidos asaltadas, encontraron defensa en Moisés, y tras esta defensa vino un motivado y natural enlace con aquella familia. Jetró le dió por mujer á su hija Séfora. Cuando se partió Moisés de Madián para el Egipto llevóse la mujer y los hijos en su compañía; pero llegado á Egipto, y viendo lo mucho que debía trabajar en la emancipación del pueblo, decidióse por expedir de nuevo la mujer y los hijos á la casa ó la tienda del suegro. Y, en efecto, allá fueron todos, con lo cual dejaron á Moisés mayor libertad para su conjura contra los Faraones y para su conducción de los israelitas por el desierto. Mientras fueron del Nilo al mar y del mar al Sinaí, no se atrevió el gran legislador á la reintegración de su familia bajo la tienda. Pero constituido ya todo, separados los diversos poderes sociales, trazada la vía conducente á la tierra prometida, el paso seguro por la militar asistencia de Josué, el ideal de lo porvenir entrevisto y claro, el gobierno relativamente fuerte, Moisés pidió á Jetró su mujer y sus hijos. Llévoselos éste al campamento, donde le dió aquellos sapientísimos consejos acerca de la mejor constitución del poder judicial que ya sabemos y que nos han parecido tan profundos como sanos. La historia guarda con cuidado el influjo ejercido por Jetró sobre Moisés á causa de verse patente sobre los